

de la aeronáutica y del mapa celeste: el del Apolo 11 a la luna.

Mauricio Obregón sostuvo una fructífera amistad con el almirante inglés Morison, que lo llevó a recorrer en avioneta los mares del sur, fue un gran promotor del canal interoceánico en el Chocó —el cual defendió con tanto ahínco como pocos resultados—, fue uno de los fundadores de la Universidad de los Andes, donde dictó su cátedra de los grandes viajeros, la misma que impartió en varias universidades estadounidenses. Fue un hombre inquieto y apasionado para quien no existían obstáculos insalvables.

Yolanda Reyes nos ha contado en este libro todo lo anterior con la sencillez que requiere una historia dirigida a un público que comienza a adentrarse en el mundo de la lectura, pero a veces comete torpezas, como aquella de decirle “intrépido lector” a quien tiene el libro en las manos, lo que estoy seguro seduce muy poco a un adolescente de hoy. Por otro lado, su relato no logra persuadirnos de la importancia del personaje y de sus logros, pues su entusiasmo parece quedarse en algo demasiado doméstico. ¿O es que el personaje no da para tanto y los resultados de todas sus aventuras no bastan para estar al lado de los científicos y de los descubrimientos que conforman esta colección?

En cuanto a las ilustraciones y los fotomontajes de Claudia García, y a la diagramación, habría varias observaciones: no creo que tenga mucha fortuna el *collage* de fotos familiares con pegotes de óleo e insertos de mapas antiguos, pudiendo recurrir a bellos dibujos ilustrativos que, aunque pueden ser más convencionales, también pueden lograr un mejor resultado estético. En cuanto a la diagramación, ¿qué son esos fragmentos de textos diagonales en recuadros en medio de las marejadas de óleo? ¿Por qué ese inútil delineamiento en las páginas de sólo texto? Podrían haberse puesto solamente unas viñetas, o algún detalle de uno de los dibujos para estimular “al intrépido lector”. En cuanto a la impresión, al menos en el ejemplar que me

fue suministrado, le faltó un poco de la luminosidad que uno imagina que vio Mauricio Obregón en los momentos de esplendor en los que le fueron tomadas las fotografías que sirven para ilustrar este volumen. La tipografía es bastante acertada: se deja leer con facilidad gracias al tamaño de la letra que resalta con pulcritud en el papel de Finlandia.

Con todo, y aunque haya observaciones no muy favorables con respecto a este libro en particular, esta colección merece ser acogida con entusiasmo; vale la pena que se amplíe a las áreas que mencionábamos atrás y no debería faltar en ninguna escuela ni colegio de nuestro país. Reconocernos en aquellos que han forjado lo mejor de nuestro pasado, sin duda contribuye a que tenga presencia nuestra difusa y maltrecha identidad.

FERNANDO HERRERA
GÓMEZ

Un clásico

Alfredo Gutiérrez, la leyenda viva

Fausto Pérez Villarreal

Fondo de Publicaciones Universidad del Atlántico, Barranquilla, 2001, 219 págs., il.

Recoge este libro, de inspiración periodística, la biografía del cantautor Alfredo Gutiérrez, ídolo de las multitudes que en este país, así como en otros del área del Caribe y de Suramérica, se recrean en la música colombiana “tropical”, genéricamente llamada vallenata.

Era un jovencito de indudable talento para el acordeón, instrumento que aprendió a tocar precozmente, hasta el punto de que, al integrar un conjunto infantil de música, que hizo giras por Venezuela y Ecuador, fue calificado de niño prodigio. En el libro se recalca esta gira, al parecer exitosa, ya que los presidentes Marcos Pérez Jiménez y José María

Velasco Ibarra, lo atendieron con deferencia especial, al igual que, en Bogotá, la hija del presidente Rojas Pinilla, María Eugenia. Este conjunto se llamó Los Pequeños Ballenatos.



Alfredo Gutiérrez nació en 1943 en la aldea de Paloquemao, corregimiento de Corozal, perteneciente entonces al departamento de Bolívar y hoy al de Sucre. Era hijo de un acordeonero de La Paz (Cesar, antiguo Magdalena).

Fue discípulo favorito del compositor e intérprete del acordeón Calixto Ochoa, autor, entre otras canciones, de la famosa *El africano*.

Sobre la trascendencia de la producción de Alfredo Gutiérrez, el musicólogo vallenato Julio Oñate Martínez dice:

La aparición de Alfredo Gutiérrez en el panorama musical les abre una serie de perspectivas a nuestros acordeoneros, que hasta ese momento solamente manejaban ciertos patrones tradicionales de acuerdo con el potencial artístico de cada uno. Pero Alfredo Gutiérrez se atrevió a poner la mano en el teclado del acordeón, donde nadie jamás había osado hacerlo.

Los dedos de Alfredo Gutiérrez, súbitamente, como si hubiesen adquirido vida independiente, se rebelaron en una actitud desafiante contra las normas ortodoxas existentes hasta ese momento y armaron una verdadera revolución.

En 1961 graba, este singular personaje, su primera composición, *La paloma guarumera*, canción inicial

dentro de lo que hoy se llama "vallenato sabanero". Desde entonces esta revolución —como la llama con acierto Julio Oñate— lo acompaña, unas veces para ser ensalzado, otras para ser denigrado. No obstante, su buena estrella lo ha acompañado, y Gutiérrez es, en este momento, la figura más reconocida del "vallenato" auténtico, así en sus comienzos su estilo heterodoxo fuera rechazado.



El libro, dividido en capítulos cronológicos escrito con conocimiento de causa y sencillez de estilo, se lee con fruición. Contiene los momentos estelares de esta estrella de la canción popular, surgida de lo más hondo del alma rural colombiana, que tuvo una infancia feliz pero poblada de carencias materiales, siempre apoyado por el amor de sus padres y respaldado por los aplausos de sus conciudadanos, de los que ha sido ídolo.

Allí están sus giras por México, donde es también figura principal, su accidentada presentación en Venezuela, donde sufrió cárcel injusta, a raíz del célebre incidente ocasionado por interpretar el himno nacional venezolano en acordeón, y principalmente su lucida actuación —dos veces— en un campeonato mundial de intérpretes de acordeón en Colonia (Alemania), donde se coronó campeón.

Aquí consigno una anécdota personal: conocí a Alfredo muy joven, cuando en enero de 1963 se presentó en las oficinas del palacio municipal de Ciénaga, a fin de pedir permiso para cantar en la noche de la coronación de la primera reina del banano. Permiso que con gusto le

concedí, en mi calidad de coordinador de ese certamen. Él actuó gratuitamente, esa noche inolvidable, lo que más tarde dejó de hacer.

GUILLERMO HENRÍQUEZ
TORRES

Ingeniero, político, economista, inventor

Técnica y utopía.
Biografía intelectual y política
de Alejandro López,
1876-1940

Alberto Mayor Mora
Fondo Editorial Universidad Eafit,
colección Cielos de Arena, Medellín,
2001, 621 págs., il.

En una muy bonita edición, Alberto Mayor presenta la biografía del polifacético Alejandro López, ingeniero, político, economista e inventor. Es una juiciosa investigación para la cual, Mayor Mora, literalmente no dejó piedra sin remover, desde el archivo de la Escuela Nacional de Minas, los libros de actas y matrículas, los archivos de la embajada de Colombia en Londres, el archivo de la Royal Economic Society, el de la Institution of Mining Metallurgy of London, archivos familiares, notarías, parroquias, prensa, obras, artículos, anotaciones, correspondencia del autor, amén de revistas, testimonios y una extensa bibliografía de apoyo, entre otros.

Recorre paso a paso la vida de este personaje tan particular, olvidado tal vez por las nuevas generaciones, y en el transcurso de la lectura se resalta la modernidad del personaje.

Se remonta, entonces, a sus antepasados y afirma que "su estamento social, el artesanato urbano, le proveyó de rudimentos intelectuales en tan confusa amalgama de romanticismo y positivismo, masonería y pragmatismo".

Mayor Mora parte de un análisis de los abuelos de López, artesanos, y en el primer capítulo "El taller como

nido", busca pistas sobre la particular personalidad de éste, capítulo detallado sobre la lucha de los artesanos liberales, los conflictos políticos y el sentirse ajeno a "los del marco de la plaza", los adinerados de quienes renegará con ahínco en su futuro, asunto sobre el cual pone bastante énfasis el autor dibujando a un personaje poco simpático, pero luchador y dotado de una inteligencia fuera de lo común. Excelente estudiante, termina el bachillerato prontamente e ingresa a la facultad de medicina, de donde se retira, no contento con su promedio sobre cuatro. Ingresa, pues, a la Escuela de Minas, en donde se gradúa con las mejores calificaciones —en todas las materias con cinco— y su tesis de grado se discutirá por años: la construcción del famoso túnel de la Quiebra, que se logra realizar veinte años después de la polémica.



López se casa con una niña "bien" de Medellín, Lucía Uribe, y de su unión nacen cuatro hijos. Para Mayor Mora, este matrimonio formó parte de la carrera emprendedora y tenaz de Alejandro López, descendiente de familia humilde y trabajadora, de aspecto poco agraciado —enjuto, de barbilla prominente, bajo de estatura, rasgos aindiados y de piel morena amarillosa—, que logra sin embargo desposarse con la hija de un rico arruinado pero de regia estirpe y perteneciente a la "raza blanca" de Medellín.

En 1897 se vincula al ferrocarril de Antioquia y:

Alejandro López, tal vez sin saberlo, se situó en el centro mismo de uno de los problemas más ál-